

MODALIDADES AMATORIAS (SEXUALES) EN LA OBRA DE HESÍODO

GERMÁN SANTANA HENRÍQUEZ
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

RESUMEN

La sociedad en la que vivimos suele extrañarse ante determinadas conductas amorosas que se apartan sensiblemente o no de los postulados de un mundo cambiante y globalizado. Muchos comportamientos considerados aberrantes o *contra natura* se presentan como novedosos en un planeta que olvida inconscientemente las raíces de su evolución cultural, cuya actividad crónica tiene lugar preferentemente en el arte y en la literatura, que son los espacios de configuración de los sueños, de los deseos reprimidos, de las fantasías irracionales. En el presente ensayo constatamos una serie de prácticas y comportamientos relacionados con el placer sexual y la reproducción, a saber, la heterosexualidad, el incesto, la castración, el hermafroditismo, el adulterio, el estupro, la zoofilia, la bigamia y la transexualidad en uno de los poetas más interesantes y poco conocidos de la literatura griega arcaica, Hesíodo, cuya producción fue objeto de una severa selección en la propia Antigüedad.

ABSTRACT

The society in which we are living can frown upon a certain kind of sexual behaviour different, or not so different, from the norms of a changing and globalizing world. Many forms of conduct considered evil or *contra natura* are presented as new on a planet that has unconsciously forgotten the roots of its cultural evolution, whose erotic activity is reflected especially in Art and Literature, the place where dreams are configured, and where repressed desires and irrational fantasies come together. In this

essay we show a series of behavioural relations connected to sexual pleasures and biological reproduction: heterosexuality, incest, castration, hermaphroditism, adultery, stupration, zoophilia, bigamy and transsexuality in Hesiodus, one of the most interesting and less known poets in Archaic Greek Literature, whose works were the object of a censured selection in Antiquity.

INTRODUCCIÓN

Como señala Claude Mossé “hablar de la sexualidad de las mujeres en la Grecia antigua no es tarea fácil, ya que tenemos que contentarnos con captarla a través del discurso de los hombres”¹. Las descripciones masculinas de los comportamientos femeninos ligados a la sexualidad son, en realidad, juicios fuertemente condicionados por una ideología que no reconocía a las mujeres el derecho a la sexualidad. La propia terminología referente a la homosexualidad femenina *εταρίστρια, τρίβας* contenía ya un carácter peyorativo y negativo en la consideración de la mujer. El verbo *τρίβειν* “frotar, restregar” alude a la masturbación y desde muy pronto se asoció con la homoerótica femenina el uso de instrumentos fálicos no sólo para la autoestimulación sino también para la práctica del coito artificial mediante penes postizos con los que ciertas mujeres se penetraban mutuamente².

Además, la mayoría de las escenas eróticas de la ceramografía griega son probablemente fantasías masculinas, más que indicaciones de las actividades sexuales preferidas por las mujeres. Frente a esta denigración sistemática femenina por parte de sus congéneres masculinos, cuyo corolario muestra a las mujeres virginales como objetos del deseo sexual masculino (y que llega hasta hoy día en culturas distantes a la nuestra como la japonesa) y a las ascetas cristianas que dirigen su deseo erótico al conocimiento de Dios y al disfrute de la amistad íntima con otras ascetas, lo que supone un signo inequívoco de que las mujeres iban consiguiendo el control de sus cuerpos y de su sexualidad, —la necesidad de mantener la pureza sexual de la virgen restringiendo el acceso a sus órganos sexuales—, la promiscuidad sexual asociada con el retrato feminizado de la herejía era claro, pues la alegoría señalaba a Adán como “la razón masculina” y a Eva “la razón femenina”.

Cuando la serpiente no puede engañar a la razón masculina, se vuelve hacia la ignorancia femenina y se acerca a ella con los caprichos, placeres y deseos típicamente femeninos. Así, todas las víctimas de la herejía, tanto mujeres como hombres, están caracterizadas por la ascendencia de su parte femenina. No obstante, las griegas de entonces no estaban condenadas a ignorar los placeres de Afrodita, ni siquiera junto a sus esposos.

PROBLEMAS DE TERMINOLOGÍA

Pero será mejor que fijemos antes qué entendemos por sexualidad, ya que la terminología amorosa por lo general suele ser muy confusa³. Dentro de la terminología erótica convencional, en la que relacionamos conceptos y voces que no se corresponden siquiera con lo que describen o pretenden describir, observamos la ausencia de modalidades amatorias que se apartan sensiblemente o no de la preceptiva oficial, hasta el punto de que los diccionarios no recogen ni documentan sus respectivas entradas. Tal es el caso de los términos *zoofilia* y *animalismo*, ausentes la mayoría de las veces de tales documentos lexicográficos y circunscritos a una esfera muy particular, la de las aberraciones y desviaciones *contra natura* de una supuesta y más que dudosa conducta sexual determinada. La confusión terminológica es tal que la *zoofilia* suele definirse como “el amor a los animales”, explicación cuando menos desafortunada, pues, no deben considerarse zoofílicas a aquellas personas que conviven en sus casas con perros, gatos, pájaros o cualquier otro animal de compañía. Otro vocablo que suele acompañar a esta definición es el de *zooperastia*, esta vez para referirse al trato sexual con animales. Incluso se acompañan como sinónimas las voces *bestialidad*, relación de un ser humano con una bestia, y *sodomía*, definida a partir de la ciudad bíblica de Sodom, como el coito anal especialmente entre varones, con entradas tales como la pederastia, la lujuria con animales, la bestialidad y la homosexualidad masculina. En este *totum revolutum* se aprecia las diferentes ideologías que marcan la concepción de los diccionarios.

Desde un punto de vista biológico, la sexualidad se refiere al conjunto de características anatómicas y fisiológicas que caracterizan a cada sexo. Aunque para nuestro tema quizá haya que explicarla como el conjunto de

prácticas y comportamientos relacionados con el placer sexual y la reproducción. Hace ya más de una década, el profesor Martínez Hernández⁴ señalaba la proliferación y desarrollo en nuestro país de la literatura erótica, sobre todo a partir del cambio de régimen político que experimentó España después de 1975. Ese *boom* de la narrativa erótica propiciado por la democracia hizo que editoriales como Tres Catorce Diecisiete, Akal, Tusquets o Temas de Hoy comenzaran a publicar los títulos más relevantes de los clásicos eróticos extranjeros, constituyendo a la vez colecciones como *La sonrisa vertical* de la editorial Tusquets o la *Biblioteca Erótica* de ediciones Temas de Hoy, cuyo fin pretendía ofrecer al lector una selección de obras clásicas y modernas sobre el universo de la sensualidad, el placer y el erotismo.

Entre las características más sobresalientes del erotismo literario griego habría que destacar, entre otras, su fuerte vinculación con la religión y el culto, su riqueza léxica (ochenta denominaciones para el órgano sexual femenino, ciento ocho para el masculino, innumerables verbos para expresar las relaciones sexuales), su ausencia de rudeza y mal gusto, su desigual distribución geográfica y el papel tan elevado que juega la mujer griega antigua como autora de obras pornográficas (Astianasa, esclava de Helena, fue la primera, al parecer, en componer una obra sobre las posiciones en el amor; Filénide fue autora de un libro sobre las posturas eróticas, pues Suetonio en la *Vida de Tiberio* indica que este emperador en su retiro de Capri tenía sus aposentos equipados con los libros de esta autora para que todo el mundo tuviera a su disposición un modelo de postura a tomar en las relaciones sexuales; Pánfila, autora de un libro titulado *Los placeres del amor*). Realmente la literatura erótica griega comprende todos aquellos fenómenos relacionados con los términos ἔρως y ἐρωτικός, es decir, el amor en su más amplio sentido, tanto si se le relaciona con el sexo, la pornografía y la obscenidad, como si se le considera en su aspecto más espiritual y bellamente expresado.

¿UNA ACTIVIDAD CULTURAL?

El erotismo es a la sexualidad lo que la gastronomía al hambre, lo que la frase al grito, el teatro al gesto y la moda al taparrabos: una actividad cultural, la satisfacción elaborada de una necesidad instintiva⁵. El mercado

está lleno de libros acerca de técnicas para alcanzar el orgasmo, el placer, para obtener mayor goce o satisfacción. Basta con entrar en una tienda o supermercado y se despliega una amplia oferta sobre posiciones, orgasmos múltiples, encuestas, estadísticas y técnicas orientales, filipinas o jamaicanas.

Estos manuales pretenden enseñar las técnicas del amor, pero casi todos adolecen de un defecto: olvidan el aspecto emocional. El erotismo no es sólo una técnica, como el yoga o la gimnasia sueca. En la imaginación un cuerpo se transforma en objeto de deseo, destacándose, sobresaliendo entre los demás. La traslación, mecanismo característico de lo simbólico, es decir, de la fantasía y del arte, ha dibujado un escenario vastísimo de objetos circundantes que el deseo y la emoción transfiguran en fálicos: la corbata (que pende emblemáticamente y se exhibe, es y no es el sexo), el sombrero (se cepilla, expresión vulgar que vale para acostarse con una mujer), la estilográfica (fina y larga, gruesa o corta, brillante u opaca, a la que en ocasiones, en un exceso narcisístico, se le agregan las iniciales particulares), la motocicleta (potente, ornamentada), el lápiz, la serpiente, el obelisco (no hay ciudad que se precie que no lo erija), el misil, el cigarrillo, etc. Todos estos símbolos coinciden en su carácter externo, llamativo y prepotente, cualidades atribuidas al miembro viril. El sexo de la mujer, en cambio, mucho menos visible que el del hombre, no se presta tan fácilmente a analogías sencillas, y según Freud de aquí proviene la fantasía infantil de que la mujer está castrada y no tiene sexo. Así el sexo femenino ha sido simbolizado como la rosa de innumerables pétalos, la araña que oculta su vientre bajo una cubierta de pelos, el melocotón de dos mitades simétricas unidas por un centro, el higo meloso, el mar.

En cuanto al erotismo, la vertiente física del amor, los poetas y los artistas lo han dicho todo: veneno letal, fuego inextinguible, lava que corroe, llama incandescente, ardor que quema, poso insondable, abismo, delirio, infierno, paraíso, purgatorio, cima, éxtasis y hastío. Lo cierto es que mientras el deseo no se fija en un objeto, no se distingue de otro apetito corporal. El amor es la sobreestimación del objeto en el que se ha fijado la libido. Es en el terreno de la literatura y del arte donde podemos ver los millones de fantasmas del deseo, los rostros innumerables del amor, el despliegue de fantasías y de imaginación que lo acompañan.

La actividad sexual es común a los hombres y a los animales, pero sólo aquéllos hicieron de la sexualidad una actividad erótica, es decir, una investigación o búsqueda psicológica independiente del fin natural de la reproducción. Sólo en el género humano el sexo se transformó en cultura, porque lo que caracteriza al erotismo es la búsqueda y elección de un objeto de deseo particular, que nos expresará a nosotros mismos más aún que al objeto en sí. El erotismo es una libido encarnada en un objeto. Cuando la libido aún no ha encontrado su objeto produce angustia. El inconsciente desempeña un papel decisivo en la encarnación objetual del deseo. No es raro que la atracción recaiga no sobre una cualidad sino sobre un defecto o tara. El amado no puede explicar su atracción por el objeto amado más que de una manera vaga y confusa, o con una serie de banalidades aplicables a cualquier otra persona. Se trata de la elección subjetiva del objeto del deseo, que no tiene que ver necesariamente con los valores objetivos, ni con los individuales ni con los sociales.

En la actividad sexual de los animales no se puede encontrar el equivalente a la elección del objeto erótico. Se trata de una actividad instintiva. El erotismo, en cambio, es intensamente subjetivo, tiene lugar preferentemente en el arte y en la literatura, que son los espacios de configuración de los sueños⁶, de los deseos reprimidos, de las fantasías irracionales. Está presente en las obras escritas y gráficas de las más antiguas y diversas culturas, con espacios dedicados al ejercicio de la sexualidad: incestos, adulterios, homosexualidad, prostitución, etc.

La diferencia entre sexualidad y erotismo no existía para nuestros antepasados más remotos. El instinto se satisfacía de manera espontánea, como el hambre o la necesidad de cobijo. El erotismo es una elaboración cultural posterior al descubrimiento del sílex, del fuego, y posiblemente sus orígenes deben remontarse a las primeras religiones constituidas, ya que éstas en términos antropológicos, son también los primeros sistemas de fantasías organizadas. Nuestros antepasados jugaban con sus genitales, se masturbaban y se acoplaban guiados por el instinto sexual, cuya relación con la procreación debió surgir con posterioridad, fruto de la observación y de la deducción. La biología parece confirmar este aserto: si a partir de los primeros meses de edad los bebés son capaces de experimentar sensaciones agradables de carácter erótico con caricias, juegos y otros estímulos,

y a partir de los seis meses pueden masturbarse, en cambio, ignoran el origen sexual de la vida humana. Es un saber que deben aprender, como a sumar o a restar. En el hombre primitivo esta ignorancia acerca de la reproducción dio lugar a todo tipo de fantasías. Las fantasías son producto de la imaginación que explican o representan aquello que ignoramos, desconocemos o no encuentra respuesta suficiente. En ciertas tribus de la Polinesia las mujeres creen que quedan embarazadas a través de sus frecuentes inmersiones en el mar, al no haberse establecido la relación entre el coito y la reproducción.

LA SEXUALIDAD EN LA LITERATURA GRIEGA ARCAICA: EL CASO DE HESÍODO

Hesíodo, como pastor del Helicón a quien visitan las Musas y lo convierten en aedo, suele situarse cronológicamente entre la segunda mitad del siglo VIII y el primer cuarto del siglo VII a.C.⁷. De padre comerciante, originario de Asia Menor, al parecer mantuvo un pleito por la herencia de su padre con su hermano Perses, mostrándose como miembro de una clase media industrial y mercantil que comienza a pedir derechos a la aristocracia. Este poeta campesino acusa en sus obras un influjo oriental (*Mito del reino celeste*, *Canción de Ullikummi*, *Enuma Elis*) cuyas concomitancias se han señalado oportunamente dentro de la composición de los poemas hesiódicos, bien como poesía oral pura, bien como género indisolublemente unido a la existencia y el uso normal de la escritura (cuyos primeros soportes debieron ser tablillas de madera o pieles de animales). El texto de Hesíodo, como tantos otros, se vio afectado por los criterios de una selección que incluía la *Teogonía*, los *Trabajos* y el *Escudo*⁸.

Para un lector moderno, la *Teogonía* supone un enorme catálogo de nombres, genealogías, escasos mitos y digresiones cuyo gran sentido es la divinización del mundo que nos rodea, la personificación de los fenómenos y actividades que implican el éxito y el fracaso, la alegría y el dolor, en una palabra, la vida humana. El estricto orden del universo es la clave religiosa de esa armonía y radica en el triunfo total del bien sobre el mal, de lo justo sobre lo injusto: Urano es malvado y violento, por lo que encuentra su castigo a manos de Cronos. Éste a su vez también es cruel

y tiránico y Zeus castigará su pecado. Pero Zeus es todo orden y justicia y en consecuencia su soberanía será eterna. La *Teogonía* se presenta, pues, como el poema de los dioses y en su evolución Hesíodo se muestra optimista. El mito de las sucesiones implica un proceso progresivo desde el Caos hasta el orden perfecto sancionado por la justicia de Zeus.

HETEROSEXUALIDAD

Un primer encuentro amoroso se indica implícitamente entre Zeus y Mnemósine a propósito del nacimiento de las Musas:

Las alumbró en Pieria, amancebada con el padre Crónida, Mnemósine, señora de las colinas de Eleuter, como olvido de males y remedio de preocupaciones. *Nueve noches* se unió con ella el prudente Zeus subiendo a su lecho sagrado, lejos de los Inmortales. Y cuando era ya el momento y dieron la vuelta las estaciones, con el paso de los meses, y se cumplieron muchos días, *nueve jóvenes* de iguales pensamientos, interesadas sólo por el canto y con un corazón exento de dolores en su pecho, dio a luz aquélla, cerca de la más alta cumbre del nevado Olimpo (vv. 53-63).

La simbología del número nueve, presente en el número de noches en los que se ayuntan las divinidades y en el fruto de dicha unión, las nueve musas, como emblema sexual, nos lleva a pensar inmediatamente en la película interpretada por Mickey Rourke y Kim Basinger, *Nueve semanas y media* (Adrian Lyne 1986), cuya carga erótico-sensual ha sido ampliamente reseñada por la crítica especializada. El nueve, como potenciación del tres, también se recoge de manera oculta en el paso de los meses (nueve) que darán lugar al nacimiento. Además, el nueve era el símbolo de la verdad amén de representar el número por excelencia de los ritos medicinales al mostrar la triple síntesis, es decir, la ordenación de cada plano (corporal, intelectual, espiritual)⁹.

INCESTO

De manera sutil se nos explicita cómo nacieron el Éter y el Día:

Del Caos surgieron Érebo y la negra Noche. De la Noche a su vez nacieron el Éter y el Día a los que alumbró preñada en contacto amoroso con Érebo (vv. 124-126).

Este “contacto amoroso” entre la Noche y Érebo parece reproducir una escena de sexualidad heterosexual, al concebirse estas dos entidades como hembra y varón respectivamente. Además, estaríamos asistiendo, según la mitología griega, a un caso de incesto, pues Érebo es hermano de la Noche. Hasta Homero no aparece la descripción de Érebo como lugar de prisión o expiación subterránea, situada debajo de los Campos Elíseos. La idea de Érebo como lugar de suplicio se irá perfilando con posterioridad al poblarse de seres de varias especies y donde horribles báratros le daban acceso desde la superficie de la tierra.

CASTRACIÓN

Un ardid tramado por Gea y sus hijos, especialmente por Cronos, nos introduce en el famoso mito de la castración de un antropomorfo Urano:

Puso en sus manos una hoz de agudos dientes y disimuló perfectamente la trampa. Vino el poderoso Urano conduciendo la Noche, se echó sobre la tierra ansioso de amor y se extendió por todas partes. El hijo, saliendo de su escondite, logró alcanzarle con la mano izquierda, empuñó con la derecha la prodigiosa hoz, enorme y de afilados dientes, y apresuradamente segó los genitales de su padre y luego los arrojó a la ventura por detrás. No en vano escaparon aquellos de su mano. Pues cuantas gotas de sangre salpicaron, todas las recogió Gea. Y al completarse un año, dio a luz a las poderosas Erinias, a los altos Gigantes de resplandecientes armas, que sostienen en su mano largas lanzas, y a las Ninfas que llaman Melias sobre la tierra ilimitada. En cuanto a los genitales, desde el preciso instante que los cercenó con el acero y los arrojó lejos del continente en el tempestuoso ponto, fueron luego llevados por el piélago durante mucho tiempo. A su alrededor surgía del miembro inmortal una blanca espuma y en medio de ella nació una doncella. Primero navegó hacia la divina Citera y desde allí se dirigió después a Chipre rodeada de corrientes. Salió del mar la augusta y bella diosa, y bajo sus delicados pies crecía la hierba en torno. Afrodita la llaman los dioses y hombres, porque nació en medio de la espuma, y también Citerea, porque se dirigió a Citera. Ciprogénea, porque nació en Chipre de muchas olas, y Filomédea, porque surgió de los genitales (vv. 175-200).

La emasculación sufrida por Urano, análoga a la experimentada por Anu en el *Mito del reino celeste* por parte de Kumarbi, nos muestra a la víctima que ansiosa de amor y suponemos que en estado de total erección es agarrado por Cronos que acto seguido corta con la hoz de afilados dientes los órganos sexuales de su aborrecido progenitor. El símbolo de la hoz se presenta aquí de manera ambivalente, pues expresa por un lado, la destrucción y la muerte, y por otro, el nacimiento y la creación. De hecho, la pérdida de la virilidad de Urano supone el nacimiento de su hija más bella, Afrodita, uno de cuyos nombres, Filomédea recuerda su increíble origen. El fenómeno de la castración encuentra testimonios históricos de determinados personajes como el emperador Nerón. Suetonio, después de decirnos que mantuvo relaciones homosexuales con jóvenes romanos de buena familia, nos relata: “Hizo cortar los testículos a un joven llamado Esporo para transformarlo así en mujer y, tras hacerlo conducir a su palacio con la dote y el velo nupcial y acompañado por un numeroso cortejo, de acuerdo con el consabido ritual matrimonial, lo tomó por esposa. Se recuerda todavía la aguda ironía de un testigo de tales hechos que dijo que hubiera sido un gran bien para la humanidad si Domicio, el padre de Nerón, se hubiera casado con una mujer semejante”¹⁰. También son conocidas las prácticas de los sacerdotes de Cibeles que en sus ritos iniciáticos solían emascularse para tener un contacto más cercano a la divinidad. Estos cultos orientales se divulgaron ampliamente durante los dos primeros siglos del Imperio. Afrodita, por su parte, simboliza el instinto propagador de la especie. De ahí que sea la diosa representativa de la belleza, del amor y del placer, reuniéndose en ella una bien dosificada mezcla de sensualidad y armonía, de serenidad e insinuación voluptuosa. Como diosa del amor se le consagra el mirto, la rosa y la manzana, y entre los animales, los de más acusado instinto amoroso (el carnero, el macho cabrío, la liebre, la paloma, etc.).

HERMAFRODISTISMO

De los sucesivos amancebamientos y encuentros amorosos de divinidades de todo tipo que se producen en la *Teogonía* nos llama la atención el nacimiento de Tifón en la Titanomaquia:

Luego que Zeus expulsó del cielo a los Titanes, la monstruosa Gea concibió a su hijo más joven, Tifón, en abrazo amoroso con Tártaro preparado por la dorada Afrodita (vv. 820-823).

Gea es el elemento primordial del que nacieron las razas divinas y su papel en la *Teogonía* es enorme, pues nació después del Caos e inmediatamente antes de Eros. Sin intervención de elemento masculino alguno engendró a Urano con el que posteriormente se uniría. Este aspecto parece sugerir la idea de un ser hermafrodito, que tiene los dos sexos, como algunas flores y ciertos invertebrados. La realidad física advierte y manifiesta a personas con tejido testicular y ovárico en sus gónadas, que origina anomalías somáticas que le dan la apariencia de reunir ambos sexos. La mitología griega¹¹ refiere la leyenda de Hermafrodito, cuyo nombre recordaba a la vez a los de su padre y su madre, Afrodita y Hermes. A los quince años marchó a correr mundo por Asia Menor. Encontrándose en Caria llegó un día a las márgenes de un lago de maravillosa hermosura. La ninfa de este lago, llamada Salmacis, se enamoró de él al momento, pero al declararle su amor, él la rechazó. La ninfa, entonces, aparentó resignarse y se ocultó, mientras el joven, seducido por la limpidez del agua, se quitaba el vestido y se zambullía en el lago. Cuando Salmacis lo vio en sus dominios y a su merced, fue hacia él y lo estrechó en tanto que Hermafrodito se esforzaba inútilmente por soltarse. Ella dirigió una plegaria a los dioses pidiéndoles que jamás pudiesen separarse sus dos cuerpos. Los dioses la escucharon, y los unieron en un nuevo ser, dotado de doble naturaleza. Por su parte, Hermafrodito obtuvo del cielo que quienquiera que se bañase en las aguas del lago Salmacis, perdiese su virilidad. Por otro lado, el Tártaro se nos muestra como la región más profunda del mundo, situada debajo de los propios infiernos, constituyendo los cimientos del universo. Distintas generaciones divinas encerraron allí sucesivamente a sus enemigos, por lo que era un lugar temido para los Olímpicos. Poco a poco fue confundándose con el infierno propiamente dicho en la idea de mundo subterráneo, situándose generalmente en él el lugar donde eran atormentados los grandes criminales. En la *Teogonía* de Hesíodo el Tártaro está personificado y constituye uno de los elementos primordiales del mundo. Al igual que otros númenes como Hades representa a la par a la divinidad y al lugar concreto en el que reina dicho dios.

En “abrazo amoroso” con Gea provoca el nacimiento de Tifón, un ser intermedio entre hombre y fiera, de enorme talla e ingente fuerza; era mayor que todas las montañas y a menudo su cabeza tocaba el cielo. Cuando extendía los brazos, una de las manos llegaba a oriente y la otra a occidente, y en vez de dedos tenía cien cabezas de dragón. De cintura para abajo estaba rodeado de víboras. Tenía el cuerpo alado y sus ojos despedían llamas. Cuando los dioses vieron que este ser atacaba el cielo huyeron hasta llegar a Egipto; allí se ocultaron en el desierto y adoptaron formas animales: Apolo se convirtió en milano; Hermes en ibis; Ares en pez; Dioniso en macho cabrío; Hefesto en buey, etc. Sólo Atenea y Zeus resistieron al monstruo. Zeus lo fulminó de lejos, y al llegar a las manos, lo abatió con su sable de acero. La pelea se desarrolló en el monte Casio, en los confines de Egipto y la Arabia Pétreá. Tifón, que sólo estaba herido, consiguió recuperar la ventaja y arrancó el sable al dios. Cortó los tendones de los brazos y piernas de Zeus y, cargándose a la espalda al dios indefenso, lo llevó hasta Cilicia, donde lo encerró en una caverna. Luego ocultó los tendones y músculos de Zeus en una piel de oso y los dio a custodiar a la dragón hembra Delfine. Hermes y Pan robaron los tendones y volvieron a colocarlos en su lugar, en el cuerpo del dios, que recuperando enseguida su fuerza se puso a fulminar rayos contra el monstruo. Tifón huyó con la esperanza de acrecentar sus fuerzas pero Zeus lo persiguió. En Tracia, Tifón arrojó montañas contra el dios, pero éste las despedía a su vez sobre el monstruo a fuerza de rayos. Así el monte Hemo debió su nombre a la sangre que manó de una de sus heridas. Desanimado y mientras huía atravesando el mar de Sicilia, Zeus lanzó contra él el monte Etna y lo aplastó. Las llamas que salen del Etna son, bien las que vomita el monstruo, bien el resto de rayos con que Zeus lo aniquiló. Este endriago espantoso fue capaz de vencer, pues, al padre de los inmortales, necesitando la ayuda de dos deidades, Hermes y Pan, para restablecer el orden cósmico.

También un caso de hermafroditismo puede considerarse el nacimiento de Hefesto:

Hera dio a luz sin trato amoroso —estaba furiosa y enfadada con su esposo— a Hefesto, que destaca entre todos los descendientes de Urano por la destreza de sus manos (vv. 927-929).

Frente a los casos de Apolo y Ártemis, por un lado, y Hebe, Ares y Ilitía, por otro:

Leto parió a Apolo y a la flechadora Ártemis, prole más deseable que todos los descendientes de Urano, en contacto amoroso con Zeus portador de la égida. En último lugar tomó por esposa a la floreciente Hera; ésta parió a Hebe, Ares e Ilitía, en contacto amoroso con el rey de dioses y hombres (vv. 919-923).

ADULTERIO

Claros ejemplos de adulterio por parte de Zeus son sus relaciones amorosas con mujeres mortales, como el caso de Sêmele:

Y la cadmea Sêmele, igualmente en trato amoroso con él, dio a luz un ilustre hijo, el muy risueño Dioniso, un inmortal siendo ella mortal. Ahora ambos son dioses (vv. 940-942).

Aquí se produce el ayuntamiento carnal voluntario entre una divinidad casada (Zeus) y otra de distinto sexo que no es su cónyuge.

ESTUPRO

Un caso singular de estupro, es decir, de acceso carnal del hombre con una doncella logrado con abuso de confianza o engaño, acontece en el nacimiento de Heracles: “Alcmena parió al fornido Heracles en contacto amoroso con Zeus amontonador de nubes” (vv. 943.944).

Anfitrión, esposo de Alcmena, partió para una expedición guerrera contra los telebeos, y en el momento de su regreso, Zeus se unió con su joven esposa. Para lograr sus fines, el dios había adoptado la figura de Anfitrión, pues conocía la virtud de Alcmena. Zeus hizo que su noche nupcial se prolongara por espacio de tres días completos. Al regresar, Anfitrión quedó sorprendido de que su esposa no lo recibiera con mayor efusión, y cuando empezó a narrar su campaña y su victoria, Alcmena le replicó que ya conocía todos los detalles. Consultado sobre este misterio, Tiresias reveló al marido su glorioso infortunio. Alcmena concibió dos gemelos, que habían de nacer con una noche de intervalo: Heracles, hijo

de Zeus, e Ificles, de Anfitríon. Alcmena habría sido la última de las mujeres mortales a quien Zeus se habría unido¹².

Otra de las expresiones que utiliza Hesíodo en la Teogonía para expresar el contacto sexual es el de “placentero abrazo”. Sucede en el llamado catálogo de los héroes:

Deméter, divina entre diosas, parió al generoso Pluto en *placentero abrazo* con el héroe Yasio en un fértil campo en el rico país de Creta (vv. 969-970).

A Eneas le parió Citerea de bella corona, en *placentero contacto* con el héroe Anquises en las cumbres azotadas por el viento del escabroso Ida (vv. 1009-1011).

Calipso, divina entre diosas, unida en *placentero abrazo* con Odiseo, dio a luz a Nausítoo y Nausínoo (vv. 1017-1018).

Estas inmortales, acostadas con varones mortales, dieron a luz hijos semejantes a dioses (vv. 1019-1020).

En los dos primeros casos el escenario es la isla de Creta; en el primero en un fértil campo; en el segundo, en el ventoso monte Ida; también otros personajes como Europa fueron conducidas a la isla de Creta por Zeus para consumar el acto sexual, concediéndosele al árbol que ocultó la terrible cópula, el plátano (pues Zeus se había transformado en toro para camelarse a Europa) el que no perdería nunca sus hojas. Recordemos que también fue esta isla el cobijo y escondite de Zeus al nacer, para escapar de las fauces de Urano.

En *Trabajos y Días* Hesíodo recurre a tres mitos: el de Prometeo, el de Pandora y el de las Edades para explicar que el origen del mal radica en la propia naturaleza humana, en su orgullosa sabiduría y en su torpe necesidad e injusticia. El mundo de los hombres sigue un continuo proceso de degradación; de ahí, que este poema, de alto valor literario, ofrezca una serie de consejos de conducta social además de un calendario de trabajos para obtener el máximo rendimiento a la tierra. Las fases de la luna sirven para comprender el comportamiento de personas, animales y plantas, y para obtener el éxito o fracaso de ciertas labores agrícolas. En el mito de Prometeo y Pandora leemos: “A la dorada Afrodita le mandó rodear su cabeza de gracia, *irresistible sensualidad* y halagos cautivadores” (vv. 65-66).

Es, pues, Pandora un ser propenso a los placeres de los sentidos, a sus gustos y deleites, a las cosas que los incitan o satisfacen y a las personas aficionadas a ellos. El apetito carnal que despierta su presencia es irreprimible, como señala Hesíodo.

PROHIBICIONES DE UNA EDUCACIÓN SEXUAL

El vate beocio era consciente de una serie de prácticas que censura abiertamente en el proemio sobre el trabajo:

Igualmente, el que maltrata a un suplicante o a su huésped, o *sube al lecho de su hermano para unirse ocultamente a su esposa incurriendo en falta*, o insensatamente causa daño a los hijos huérfanos de aquél... (vv. 328-331).

Se trata frecuentemente de sentencias y aforismos con cierto tono misógino¹³ y peyorativo. Ilustrativo resulta el siguiente consejo de administración familiar:

Que no te haga perder la cabeza *una mujer de trasero emperifollado* que susurre requiebros mientras busca tu granero. Quien se fía de una mujer, se fía de ladrones (vv. 373-375).

Otra referencia indirecta al sexo se constata en los trabajos de invierno cuando sopla el helado viento Bóreas: “Las fieras tiemblan y *meten su rabo bajo los genitales*, incluso las que tienen la piel cubierta de lana” (vv. 512-513).

Los trabajos de verano, en cambio, parecen excitar la libido, sobre todo en las mujeres (obsérvese nuestro refrán popular *la primavera la sangre altera* o la efervescencia femenina en cualquier playa de nuestro litoral durante la época estival):

... en la estación del agotador verano, entonces son más ricas las cabras y mejor el vino, *más sensuales las mujeres* y los hombres más débiles, porque Sirio les abrasa la cabeza y las rodillas, y su piel está reseca por la calina (vv. 585-587).

Dentro de las prohibiciones, algunas resultan realmente curiosas: “No te dejes ver con *los genitales manchados de semen* dentro de tu casa junto al hogar, sino evítalo (vv. 733-734).

Al parecer, el acto conyugal manchaba de impureza al hombre y, por tanto, no debía acercarse al hogar que era también altar de los dioses y lugar de diarios sacrificios y libaciones. Los cristianos recogieron esta prohibición a través de Roma, según nos refiere Gregorio Magno: “El hombre que se acuesta con su esposa, no debe entrar en la iglesia a no ser que se haya lavado con agua; pero ni aun lavado debe entrar”.

No sientes en lugares sagrados, pues no hacerlo es mejor, al niño de doce días –*esto vuelve afeminado al varón*– ni al de doce meses; también se obtiene igual resultado. Que no lave su cuerpo en el baño de las mujeres el varón (vv. 750-754).

La prohibición parte de la creencia de que el hombre se vuelve afeminado por contacto con ciertas emanaciones que salen del cuerpo de la mujer. Esta educación sexual sin base alguna tiene su corolario en conductas rurales en las que se prohíbe al niño realizar cualquier tarea doméstica (barrer, hacer las camas, fregar, etc.), –algo propio de la mujer–, por miedo a perder su virilidad.

El tema del *Escudo* es también la justicia de Zeus que se vale de Heracles como instrumento para limpiar el mundo de violencia e injusticias. Heracles se nos muestra como un héroe justo, prudente y con plena conciencia de su misión trascendental. Un nuevo paladín de la justicia y colaborador de Zeus en su tarea ordenadora del mundo. Como único episodio amoroso hemos encontrado, precisamente, el origen del héroe tracio:

Se lanzó desde el Olimpo mientras en secreto meditaba un engaño en su corazón, *ansioso por el amor de una mujer de bella cintura*, en la noche (vv. 31-32).

Esa misma noche *compartió el lecho y el amor de la Electriona* de finos tobillos y cumplió así sus deseos (vv. 35-36).

Toda la noche estuvo acostado con su recatada esposa, disfrutando los dones de la muy dorada Afrodita. Y ella, entregada a un dios y a un varón con mucho el mejor, dio a luz, en Tebas la de siete puertas, dos niños gemelos (vv. 46-49).

Este caso de estupro ya se había repetido en la *Teogonía*.

ZOOFILIA

El catálogo de las mujeres o *Eeas*, como continuación natural de la *Teogonía*, se abre con un supuesto caso de zoofilia¹⁴:

Anunciad (Musas, las inclitas razas de todas las mujeres) a cuyo lecho se unió (Zeus olímpico de ancha mirada) sembrando sus (más grandes semillas, a un toro semejante) (vv. 17-19).

Historias de ambientes rurales nos informan de actos sexuales extraordinarios entre humanos y animales de corral: gallinas, vacas, perros, gatos, etc., quizás aberrantes y extraños ante nuestros ojos pero usuales desde la prehistoria a tenor de esta fusión entre lo posible y lo deseable, entre la realidad y la fantasía, entre pulsiones diferentes pero convergentes. Los mitógrafos de época cristiana consideraban todas estas uniones como actos de libertinaje, y los antiguos observaban que muchas de estas cópulas se habían desarrollado bajo formas animales. Estas rarezas eran a menudo objeto de indignación por lo que trataban de darles una explicación simbolista. Una explicación que los antiguos daban de las metamorfosis del dios se refería precisamente al deseo de ocultarse de su esposa, fabulación tardía posterior a las leyendas de metamorfosis, de las que también participaban sus amantes (Ío en vaca, Calisto en osa, etc.).

Uno de los primeros casos de unión entre Zeus y una mortal es el de Europa, hija de Agenor y Telefasa. Zeus vio a Europa cuando estaba jugando con sus compañeras en las playas de Sidón donde reinaba su padre. Inflamado de amor por su belleza se metamorfoseó en un toro de resplandeciente blancura y cuernos semejantes a un creciente lunar; con esta forma fue a tumbarse a los pies de la doncella. Ésta, asustada al principio, va cobrando ánimo, acaricia al animal y acaba por sentarse en su espalda. En seguida, el toro se levanta y se lanza hacia el mar. A pesar de los gritos de Europa que se aferra a sus cuernos, se adentra en las olas y se aleja de la orilla; de este modo llegan los dos a Creta. En Gortina Zeus se une a la joven junto a una fuente y bajo unos plátanos que, en memoria de estos amores, obtuvieron el privilegio de no perder jamás sus hojas. Europa tuvo con Zeus tres hijos: Minos, Sarpedón y Radamantis. El soberano olímpico le correspondió con tres regalos: Talo, el autómatas de bronce

que custodiaba las costas cretenses, un perro que no podía dejar escapar ninguna presa, y una jabalina de caza que jamás erraba el blanco. Posteriormente Europa se casó con el rey de Creta, Asterión, que no teniendo hijos adoptó a los de Zeus. El toro cuya forma había adoptado Zeus se convirtió en una constelación y fue colocado entre los signos del zodiaco.

La correspondencia del sistema milenario que presentaba a un enorme bóvido dotado de poderosos cuernos en unión de una mujer o madre fecundadora parece encontrar perfecto correlato en este episodio mítico. Numerosos toros lunares y solares recorren todas las mitologías del Próximo Oriente (el védico *Suryâ*, el egipcio *Apis*, etc.). Además, la propia palabra que define al animal, *ταῦρος* contiene una carga polisémica que reitera y enfatiza su vertiente sexual. Lexicógrafos y diccionarios antiguos como el *Pollux* (s. II), *Hesiquio* (s.V), *La Suda* (s. XII), nos proporcionan explicaciones harto significativas de este hecho. En el primero se identifica el término con la entrada *κωχώνη* “ano”, mientras que el segundo documenta la expresión *γυναικεῖον αἰδοῖος* “partes pudendas de la mujer”; por último, *La Suda* da como sinónimo el vocablo *πέος* con el sentido de “pene”. De modo que la propia esencia de la palabra señala el poder generador del toro presente en *πέος* (falocracia) a la par que la relación de bestialismo en la figura fecundadora de la gran madre *αἰδοῖος* (vagina de la mujer).

Casi todas las mitologías son ricas en historias de acoplamientos entre animales y seres humanos. Algunas como la griega inventaron criaturas de doble naturaleza, animal y humana al mismo tiempo: centauros, arpías, sirenas, esfinges, sátiros, etc. A pesar de la existencia de estas criaturas de doble naturaleza, una estratagema muy común para copular con alguien que se resistía consistía en transformarse en animal. Muchas de las metáforas que se emplean habitualmente para hablar de la potencia sexual masculina hacen referencia al mundo animal: ser un gallito; estar como un toro; etc. De hecho, en las fantasías que suelen acompañar al acto sexual, algunos hombres han confesado que experimentan el deseo de gritar como un gallo, o de golpearse el pecho como un gorila. Es precisamente en nuestro comportamiento instintivo en lo que nos parecemos a los animales; al igual que gorilas, osos y aves huimos ante el peligro, tenemos hambre, defecamos, nos acoplamos. La interdicción de establecer relaciones

sexuales con los animales es de carácter cultural y debió nacer justamente para acentuar la frontera entre hombres y bestias. Lo claro es que casi todas las culturas lo consideraron una perversión, y que una ley no escrita los vedó como objetos del deseo. ¿Por qué esta reiterada presencia en la mitología y el arte, es decir, en el espacio de las fantasías, de los deseos no realizados? Sin duda porque allí donde la ley, las costumbres o la religión impiden algo, el deseo se refuerza. Sabido es que las dificultades aumentan el deseo de los conquistadores: cuantos más obstáculos hay que vencer, más valiosa será la conquista, el placer de transgredir la voluntad de la mujer y el placer de obtener lo prohibido.

En el fragmento 31 del mismo *Catálogo* se nos habla de Tiro y Posidón: “*Gózate*, mujer, *en el amor*, que soy Posidón, y darás a luz espléndidos hijos pues no son estériles los lechos de los inmortales”.

Un nuevo caso de estupro del dios Posidón al unirse a la hija de Salmoneo y Alcídice adoptando la forma de Enipeo. Engendró dos gemelos que Tiro dio a luz en secreto: Pelias y Neleo.

LASCIVIA

El fragmento 132 recoge otro caso de propensión a los deleites carnales: “Por abominable *lascivia* perdió la tierna flor de su belleza”.

Habla aquí Hesíodo de las Prétides, hijas del rey de Tirinto Preto y de Estenebea, quienes al llegar a su edad núbil se vieron atacadas de locura por obra de Hera. El motivo de esta maldición pudo deberse a que las muchachas se jactaron de ser más bellas que la diosa, por lo que excitaron sus celos. El texto parece corroborar este aspecto en su sentido más crudo, con una lujuria sin precedentes parecida a la de las bacantes. Melampo logró curarlas con unas hierbas que mezcló con el agua de una fuente a las que ellas acudían a beber.

BIGAMIA

Un caso archiconocido de abandona maridos y de bigamia lo representa Clitemestra, según el fragmento 176: “Y así Clitemestra, tras abandonar a Agamenón divino, *se acostó junto a Egisto* y eligió un marido peor”.

TRANSEXUALIDAD

Finalmente, la *Melampodia*, poema de adivinos cuyo papel preeminente lo recibe Melampo, aunque se mencionan otros cuatro: Tiresias, Calcante, Mopso y Anfíloco, plantea el problema de la transexualidad de Tiresias ante una querrela surgida entre el padre de los dioses y Hera. Al parecer Tiresias vio en los alrededores de Cirene unas serpientes que hacían el amor y por haberlas herido se convirtió de hombre en mujer, pero observó de nuevo a las mismas serpientes copulando y recobró de nuevo su antigua naturaleza. Zeus y Hera le eligieron juez sobre quién siente más placer en el encuentro amoroso, si el macho o la hembra. El fragmento 275 nos señala la contestación del vate: “Una sola parte de diez partes *goza* el hombre; las diez *satisface* la mujer deleitando su mente”.

Ante esta respuesta, Hera, indignada, le dejó ciego, y Zeus le concedió el don del arte adivinatorio.

CONCLUSIÓN

En este apresurado recorrido por el *corpus* hesiódico hemos constatado una serie de prácticas y comportamientos relacionados con el placer sexual y la reproducción, a saber, la heterosexualidad, el incesto, la castración, el hermafroditismo, el adulterio, el estupro, las prohibiciones de una educación sexual, la zoofilia, la lascivia, la bigamia y la transexualidad. En cada uno de nosotros hay un tipo terrible, salvaje y desenfrenado de deseos. Como si se despojara de todo escrúpulo, pudor y cordura, el hombre cuando sueña no se abstiene, ni de unirse a su propia madre, ni de mancillar de cualquier forma a hombres, dioses y animales. De ahí la obligación del sabio antes de acostarse de sosegar la parte irascible y concupiscible del alma, y de poner en tensión al propio tiempo la racional, para que ésta, mientras reposan las otras, pueda contemplar algunas de las verdades presentes, pasadas o futuras.

NOTAS

- 1 Cf. “La sexualidad de la mujer griega: época arcaica y clásica”, en A. Pérez Jiménez – G. Cruz Andreotti (eds.), *Hijas de Afrodita: la sexualidad femenina en los pueblos mediterráneos*, Ed. Clásicas, Madrid, 1996, pp. 35-46, especialmente la p. 45.
- 2 Cf. J. F. Martos Montiel, *Desde Lesbos con amor: homosexualidad femenina en la antigüedad*, Ed. Clásicas, Madrid, 1996, específicamente el capítulo V, pp. 67-102.
- 3 Cf. G. Santana Henríquez (ed.), *La palabra y el deseo. Estudios de literatura erótica*, Las Palmas de Gran Canaria, 2002, especialmente las pp. 25-36. También del mismo autor “Lesbiazo: la manipulación de textos griegos relativos a la mujer”, *Philologica Canariensia*, 8-9 (2002-2003), pp. 545-560.
- 4 Cf. “Temas actuales de cultura clásica: la literatura erótica”, en A. Guzmán, F. J. Gómez Espelósín, J. Gómez Pantoja (eds.), *Aspectos modernos de la Antigüedad y su aprovechamiento didáctico*, Ed. Clásicas, Madrid, 1992, pp. 97-117. También puede verse M. Sánchez Brioso y A. Villarrubia Medina (eds.), *Consideraciones en torno al amor en la literatura de la Grecia antigua*, Universidad de Sevilla, 2000.
- 5 Cf. C. Peri Rossi, *Fantasías eróticas*, Biblioteca erótica Temas de Hoy, Madrid, 1991, pp. 39-41.
- 6 Cf. L. Gil, *Oneirata. Esbozo de onirotipología cultural grecorromana*, Servicio de Publicaciones de la ULPGC, Las Palmas de Gran Canaria, 2002, especialmente el capítulo II. *Los ensueños eróticos*, pp. 25-31.
- 7 Cf. *Hesíodo. Obras y fragmentos*, introducción, traducción y notas de A. Pérez Jiménez y A. Martínez Díez, Ed. Gredos, Madrid, 1983. Las referencias al cantor de Beocia sigue esta edición.
- 8 Cf. E. Padorno – G. Santana Henríquez (eds.), *La Antología literaria*, Fundación Maphre Guanarteme-Servicio de Publicaciones de la ULPGC, Las Palmas de Gran Canaria, 2001, especialmente las pp. 55-116.
- 9 Cf. J. Eduardo Cirlot, *Diccionario de símbolos*, Ed. Labor, Barcelona, 1969, p. 342 y J. A. Pérez-Rioja, *Diccionario de símbolos y mitos*, Ed. Tecnos, Madrid, 2003, pp. 319 y 405-406.
- 10 Cf. A. Cuatrecasas, *Eros en Roma (a través de sus clásicos)*, Ed. Temas de Hoy, Madrid, 1993, p. 129.
- 11 Cf. P. Grimal, *Diccionario de mitología griega y romana*, Ed. Paidós, Barcelona-Buenos Aires, 1982 (1ª reimpresión, 1ª edición, ed. Labor, 1965), pp. 260-261, 493-494 y 516.
- 12 Cf. A. García Masegosa, *Los amores humanos de Zeus*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Vigo, Vigo, 1998.
- 13 Cf. E. Bosch – V. A. Ferrer – M. Gili, *Histoire de la misoginia*, Universitat de les Illes Balears – Anthropos, Barcelona, 1999.
- 14 Cf. P. Leveque, *Bestias, dioses y hombres. El imaginario de las primeras religiones*, Universidad de Huelva, Huelva, 1997.